

dos ó tres palmeras gigantescas que servían de centinelas avanzados.

En medio de la inmensa y desnuda esplanada, aquellas palmeras parecían enormes colosos apostados para guardar el pueblo. Sus troncos de un gris rosado, rectos y pulidos, estaban hinchados como las columnas bizantinas, y sus copas estaban cubiertas de pobre y amarillento ramage.

Muy pronto, al aproximarse más, se distinguía un hormiguero negro y las puntiagudas chozas agrupadas en masas compactas, que aparecían como un gran manchón gris sobre las amarillas arenas.

Algunas veces estas ciudades africanas eran muy grandes y estaban cercadas por muros muy gruesos, formados de tierra y madera.

Estos muros servían de defensa contra los enemigos y contra las fieras.

Una bandera de tela, que flotaba sobre la choza más elevada de todas, indicaba la morada del rey.

En algunas puertas aparecían las tétricas figuras de los ancianos jefes y de los sacerdotes, cubiertos de amuletos, cuyos desnudos brazos negros destacaban sobre sus amplias vestiduras blancas.

Contemplaban con la mayor tranquilidad el paso de *la Faleme*, cuya artillería estaba dispuesta á hacer fuego sobre ellos, al menor movimiento de hostilidad.

Era un problema inesplicable el modo de vivir

de aquellos hombres; en medio de aquel país árido y estéril, no se concebía cuáles podrían ser las ocupaciones y la existencia, detrás de aquellas murallas grises, de unos seres que no conocían absolutamente nada fuera de aquellas soledades y de aquel implacable sol.....

En la ribera del norte, ó sea la del Shara, la desolación de aquel tristísimo país, presentaba otro aspecto.

A lo lejos se veían grandes hogueras encendidas por los moros, de las cuales se elevaban inmensas columnas de humo que iban subiendo rectas hasta una altura elevadísima, en medio de aquel aire inmóvil.

En el horizonte se veían enormes colinas completamente rojas, como carbones encendidos, que formaban en unión de aquellas hogueras un fuego sin límites.

Y allí, donde no había más que sequía y abrasadoras arenas, un continuo espejismo hacía aparecer grandes lagos, en que todo aquel incendio se reflejaba invertido.

Algunos vapores temblorosos, como los que se elevan de las fraguas, envolvían este cuadro y aquellos engañosos paisajes que no eran más que un reflejo, temblaban, y se desformaban bajo el intenso calor, cambiando como extrañas visiones ante los ojos fatigados y deslumbrados del que se detenía en su contemplación.



De cuando en cuando, aparecían sobre esta ribera grupos de hombres de pura raza blanca.

Estaban estos bronceados por el sol y en estado completamente salvaje, pero sus facciones eran regulares y hermosas, y sus magníficas cabelleras onduladas, les daban el aspecto de profetas bíblicos.

Llevaban la cabeza descubierta á los rayos del sol y cubrían su cuerpo con largas vestiduras, especie de túnicas, de un azul muy oscuro.

Eran moros de la tribu de los Braknas ó de los Tzarzas, bandidos, pillos, desvalijadores de las caravanas ambulantes; la peor en fin de todas las razas africanas.

### XIII

La brisa del éste, que es como la poderosa respiración del Shara, se había levantado poco á poco y su intensidad aumentaba á medida que se alejaban del mar.

Un viento seco y caliente como el soplo de una fragua, pasaba por el desierto levantando un finísimo polvo de arena y trayendo consigo la ardiente sed de *Bled el Ateuch*.

Continuamente se estaba arrojando agua sobre las tiendas que cobijaban á los spahis.

Un negro con una manga de riego enganchada en una bomba, trazaba con el agua que arrojaba

ésta, caprichosos dibujos que desaparecían casi instantáneamente evaporados en la atmósfera alterada y sedienta.

Entre tanto, Podor se aproximaba.

Era Podor una de las ciudades más grandes que se levantaban junto al río, y ya su animación comenzaba á notarse en la ribera del Sahara.

Nuestros viajeros estaban á la entrada del país de los Donaich, pastores enriquecidos por las *razzias* de rebaños hechas en los países negros.

Aquellos pastores moros, cruzaban el Senegal á nado en grandes caravanas, llevando con ellos, y á nado también, los rebaños que habían robado.

El campamento se divisaba ya en las llanuras sin fin.

Las tiendas hechas con pieles de camello levantadas sobre largas estacas, parecían enormes alas de murciélago estendidas en las arenas, y formaban extrañas figuras negras que se destacaban en aquel suelo de color de oro.

Por aquel lado se notaba la animación, el movimiento y la vida.

A las orillas del río, acudían numerosos grupos para mirar con curiosidad á nuestros viajeros.

Estos grupos estaban formados por hermosas moras de piel bronceada, que medio desnudas y llevando en su frente algunas sargas de coral, iban sentadas en unas vacas pequeñas y gibosa.



Detrás de ellas iban algunos muchachos desnudos, con la cabeza afeitada, en la cual ostentaban una sola mecha que dejaban crecer en la parte superior. Su cuerpo era belludo y musculoso, como el de jóvenes sátiros.

## XIV

Podar es el puesto de guerra francés más importante, como ya hemos dicho, que existen en las riberas del Senegal, y además uno de los puntos más calurosos de aquella tierra.

Lo primero que se ve es una gran fortaleza azotada por el sol.....

Después una calle casi sombría que se extiende á lo largo del río y en la que se ven algunas casas muy antiguas de aspecto triste.

Los *tratantes* franceses con sus rostros amarillentos por la fiebre y por la anemia, los mercaderes, moros ó negros, acurrucados en la arena, y toda clase de vendedores africanos, se agitaban allí pregonando sus mercancías, gritando y moviéndose sin cesar.

Detrás de aquella calle medio europea se extiende una gran ciudad, compuesta en su mayoría de chozas y dividida por calles anchas y rectas.

Cada barrio está rodeado de las espesas tapias de tierra y maderá de que antes hemos hablado, fortificado como una ciudadela.

Juan salió á dar un gran paseo en compañía de su amigo Nyaor.

Los tristes cantares que partían de detrás de aquellos muros, entonadas por voces extrañas, aquel viento abrasador y el aspecto de aquella ciudad desconocida, le causaban una especie de terror vago, de inexplicable angustia, en la que se mezclaban la nostalgia, la soledad y la desesperación.

Nunca, ni aún en los lejanos lugares del Diakkallente, se había sentido tan aislado ni tan triste.

Alrededor de Podar hay algunos campos de trigo, algunos árboles enfermizos, malezas y algo de hierba.

Enfrente, en la ribera de los moros, todo estaba completamente desierto.

Y sin embargo, á la entrada de una carretera apenas comenzada, un cartel ostentaba esta inscripción profética: *Carretera de Argel.*

## XV

Eran las cinco de la mañana, y el sol pesado y rojo aparecía ya en el país de los *Donaich.*

Juan fué á embarcarse de nuevo en la *Faleme*, que se disponía á partir.

Las pasajeras negras estaban ya tendidas en el puente, envueltas en sus vistosos paños, y tan apretadas las unas contra las otras, que no se veía en el



suelo más que una masa confusa de telas, por encima de las cuales se agitaban muchos brazos negros cargados de pesados brazaletes.

Juan, que pasaba por entre ellas, se sintió de pronto retenido por dos brazos torneados que se enlazaron á una de sus piernas como dos serpientes.

La mujer tenía el rostro contra el suelo y le besaba los piés.

—¡Juan!.... ¡Juan! (exclamó una vocecilla chillona que nuestro spahi conocía demasiado). Te he seguido temiendo que *traspases los umbrales del paraíso* (que mueras) en la guerra.

Y luego añadió:

—¡Oh, Juan, Juan! ¿No quieres mirar á tu hijo?

Y los dos brazos negros levantaron á un niño bronceado y le presentaron al spahí.

—¿Mi hijo? .. ¿Mi hijo? (repitió Juan con su brusquedad de soldado, pero con una voz que á su pesar temblaba) ¿Qué cuentos son esos, Fatou-Gayé?.....

.....  
 —Es cierto (dijo Juan con extraña emoción é inclinándose para ver mejor al niño). Es cierto... ¡Es un niño casi blanco!.....

.....  
 El niño no había querido nada de la sangre de su madre y era todo entero de la de Juan... Estaba bronceado, pero era blanco como el spahí; tenía sus

mismos ojos, grandes y profundos, y era hermoso como él.

El angelito tendía hacia Juan sus manecitas y le miraba, arrugando su pequeño entrecejo, con una expresión ya grave, como tratando de comprender lo que había venido él á hacer en la vida, y cómo su sangre de los Cevenes estaba mezclada con aquella impura sangre de la raza negra.

Juan se sentía vencido por una inexplicable fuerza interior llena de confusión y de misterio.

Se inclinó hacia su hijo, y le besó dulcemente con inexplicable ternura.

Sentimientos hasta entonces desconocidos, penetraron hasta el fondo de su alma.

También la presencia de Fatou-Gayé había despertado en su corazón multitud de ecos, largo tiempo dormidos: la fiebre de los sentidos, la costumbre de la posesión, habían anudado entre ellos lazos tan fuertes, que ni la separación había podido destruir.

¡Además, aquella mujer al menos le había sido fiel á su manera!... ¡Y él se encontraba tan abandonado!...

Juan dejó á la negrita que colgase de su cuello un amuleto de Africa, y compartió con ella su ración del día.....



## XVI

El navío continuó su camino.

El río corría más hacia el Sur, y el paisaje cambiaba de aspecto.

Ahora se veían arbustos sobre las dos riberas, delicadas acacias americanas, sensitivas, tamaríndos de frescas hojas, y por todas partes hierba y musgo.

Nada recordaba ya la flora tropical: parecía más bien la vegetación delicada de los climas del Norte.

Aparte de aquel exceso de calor y de silencio, nadie hubiera creído encontrarse en el corazón de Africa, sino más bien atravesando algún apacible río de Europa.

Nuestros viajeros pudieron admirar á su paso algunos idilios negros.

Bajo aquéllos bosques, donde todas las pastorelas de Watteau hubiesen encontrado su puesto, se veía á veces una enamorada pareja africana, cuidando de algún rebaño.

Y Fatou-Gayé sonreía. Sus ojos se iluminaban de una inmensa alegría.

¡Era que reconocía la aproximación de su querido país de Galam!...

Y sin embargo, la negrita se sentía inquieta, y cuando pasaban por los inmensos pantanos cenagosos rodeados de malezas, cerraba los ojos por mie-

do de ver salir de entre sus aguas estancadas y súcias á algún *ngabou*, (hipopótamo) cuya aparición hubiese sido fatal para ella y los suyos.

Imposible sería explicar toda la habilidad que había desplegado la negrita, toda la paciencia y la picardía que había necesitado para hacerse admitir en aquel navío, donde había sabido que se embarcaba Juan.

¿Dónde se había refugiado la infeliz al dejar la casa de la Griota?

¿En qué asilo se había refugiado para dar á luz al hijo del spahi?.....

¡Cuán dichosa se sentía Fatou-Gayé en aquellos momentos!

¡Volvía á su país y volvía con él!

¡Este era su sueño dorado!.....

## XVII

Dialdé estaba situado en la confluencia del Senegal y de un río sin nombre procedente del sur.

Había allí un pueblo negro de escasa importancia, defendido por un pequeño blockhaus de construcción francesa, que recordaba los fuertes de la Argelia interior.

Aquel era el punto más próximo al país de Bou-bacar Segon, donde las fuerzas francesas debían



reunirse y acampar con el ejército aliado de los Bombaras en medio de las hordas amigas.

En los alrededores del pueblo, el país llano y árido, tenía esa tristeza y esa monotonía características de las orillas del Senegal inferior.

Sin embargo, á veces se veían también algunos grupos de árboles y el principio de algunos bosques, que anunciaban la entrada del país de Galam en las frondosas regiones de su centro.

### XVIII

Según las viejas habladoras y miedosas de la tribu aliada, se veían grabadas en la arena las huellas recientes de una partida numerosa de infantes y de caballeros, que no podía menos de pertenecer al gran rey negro.

Entonces enviaron á hacer un reconocimiento hácia el este del campamento de Dialdé en la dirección de Djídiam, á Juan, al sargento Muller y á Nyaor.

Desde las dos de la tarde estuvieron los tres spahis paseando por la esplanada sus caballos en todas las direcciones, sin descubrir en el suelo ninguna huella humana, ni en parte alguna las trazas que forzosamente tenía que dejar el paso de un ejército.

En cambio se veían por todas partes las huellas de todas las fieras de Africa, desde la gran hendidura redonda que deja el hipopótamo á su pesado paso,

hasta el menudo y delicado triángulo que dejaba la gacela en su ligera carrera.

La arena endurecida por las últimas lluvias del verano, conservaba con fidelidad perfecta cuantas señales le imprimían los habitantes del desierto.

Se veían allí impresas las patas del mono, las trazas de las uñas del tigre y de las garras del león; el rastro de las serpientes y de toda clase de reptiles.

Se hubieran podido seguir con la mayor facilidad las idas y venidas cautelosas de los chacales, los prodigiosos brincos de las fieras perseguidas. Se adivinaba allí toda la animación terrible que lleva la obscuridad á aquellos desiertos, que permanecen silenciosos mientras que el sol los inunda con sus abrasadores rayos.

Los tres spahis levantaban ante sus caballos toda la caza oculta entre las malezas.

Se hubieran podido hacer allí cazas abundantísimas.

Las perdices coloradas estaban á dos pasos de ellos y hubieran podido alcanzar con la mano multitud de aves raras y de pájaros desconocidos en Europa.

Pero nuestros spahis no hacían caso de nada y dejaban escapar á aquellas aves buscando siempre huellas de hombres y no encontrando ninguna.

Entre tanto, iba oscureciendo y espesos vapores cubrían el horizonte.



El cielo tenía ese aspecto pesado é inmóvil que la imaginación presta á las puestas del sol antediluvianas, en las épocas en que la atmósfera más cálida y más cargada de sustancias vitales, incumbaba en la tierra primitiva monstruosos gérmenes de manimouths y de plesiosauros...

El sol se iba ocultando suavemente entre aquellos velos extraños; después se puso opaco, lívido, sin rayos, se agrandó desmesuradamente y se estinguió.

Nyaor, que hasta entonces había seguido á Muller y á Juan con su indiferencia habitual, declaró que el reconocimiento debía darse por terminado, pues era imprudente permanecer allí más tiempo y sus amigos serían muy temerarios si prolongaban un momento más su estancia en aquellos lugares á semejantes horas.

En efecto, había llegado la hora del peligro y era de temer cualquier sorpresa de mal género.

Las huellas de los leones eran cada vez más recientes y numerosas.

Los caballos de nuestros spahis se detenían de cuando en cuando con las narices dilatadas y piafando de terror.

Juan y el sargento Muller, siguiendo el prudente consejo de su amigo, se decidieron á volver, y muy pronto los tres caballos corrían, más lijeros que el viento en dirección al blockhaus, dejando flotar tras ellos los blancos albornoces de sus caballeros.

Ya á lo lejos comenzaba á oírse esa voz terrible y cavernosa que los moros comparan al estampido del trueno: la voz del león del desierto.

Aquellos tres hombres que galopaban sobre sus caballos eran valientes, y sin embargo, no podían menos de sentirse dominados por esa especie de vértigo que causa la rapidéz de la carrera y por el miedo contagioso que hacía brincar nerviosamente á sus nobles caballos.

Los juncos que se doblaban á su paso y las ramitas que azotaban sus piernas, los causaban el efecto de legiones de fieras del desierto lanzadas en su persecución...

Pronto divisaron el río que les separaba del campamento francés. Veían ya las tiendas de campaña, los lugares habitados y el blockhaus árabe del pueblo de Dialdé iluminado aún por las últimas claridades ténues y rojizas de la puesta del sol.

Nuestros spahis cruzaron el río á nado con sus caballos y entraron en el campamento.

## XIX

Era la hora de la dulce melancolía que produce la caída de la tarde.

Y sin embargo, en aquel pueblecillo perdido, la puesta del sol traía consigo una animación original.

Los pastores negros volvían á los establos con



sus rebaños; los hombres de la tribu, disponiéndose al combate, afilaban sus cuchillos de guerra y limpiaban sus fusiles prehistóricos; las mujeres preparaban abundantes provisiones de *kouskous* para el ejército.

Por todas partes se oía un murmullo confuso de voces de negras mezcladas con el balido de las ovejas y con el ladrido de los perros.

Fatou-Gayé estaba allí, sentada á la puerta del blockhaus con su hijo y en la actitud humilde y suplicante que desde su nuevo encuentro con Juan había conservado siempre.

El pobre spahí, con el corazón oprimido por la soledad en que se encontraba, fué á sentarse al lado de la negrita y cogió al niño en sus brazos; después le colocó tiernamente sobre sus rodillas y se puso á contemplarle, sintiéndose enternecido ante su nueva familia negra y casi feliz por haber encontrado en Dialdé alguien que le amase y que demostrase algún interés por él.

A su lado los griots entonaban cantos de guerra, repitiéndolos una y otra vez.

Procuraban dar á sus voces de falsete una entonación dulce y triste, y se acompañaban con unas guitarrillas primitivas, que consistían en dos cuerdas extendidas sobre una piel seca de serpiente y cuyo sonido era desagradable á más no poder para cualquier oído europeo; pero armonizaba bien con sus

cantos africanos monótonos y de un ritmo imprevisible.....

El hijo de Juan era un precioso bebé; pero estaba siempre muy serio y rara vez se le veía sonreír.

Su vestido consistía tan sólo en una *boubou* azul y en un collar, al uso de los niños yoloffes; pero su cabeza no estaba afeitada, dejando en ella sólo algunas mechcas, como les sucede á éstos.

Como era de raza blanca, su madre había dejado crecer sus rizados cabellos, de los cuales ya un rebelde y precioso rizo caía sobre la frente del niño, igual que sobre la hermosa frente del spahí, que era su padre.

Juan estuvo mucho tiempo sentado á la puerta del blockhaus jugando con su hijo.

Y las últimas claridades del día iluminaban aquel cuadro de un caracter notable por su gracia y originalidad: el niño, con su carita de ángel, y el spahí con su hermosísima y arrogante cabeza de guerrero, jugando y sonriendo al lado de aquellos tetricos y feos músicos negros.

Fatou Gayé estaba sentada al pie de sus dos amos.

La negrita los contemplaba á uno y otro con adoración, acurrucada delante de ellos, como un perro acostado á los pies de sus amos; extasiada ante la belleza del spahí que la sonreía.....



Era un verdadero niño el pobre Juan, como sucede siempre en los jóvenes que han hecho una vida de trabajos rudos y á los que un desarrollo físico precoz ha dado prematuramente un aspecto serio, sin embargo, de lo cual, conservan gustos y aficiones verdaderamente infantiles.

Así es que, en aquel momento, estaba en sus glorias haciendo saltar al niño sobre sus rodillas con la brusquedad y la torpeza propias de un soldado para tratar á un ser tan pequeño y tan delicado...

Y el spahí reía, reía con toda su alma al ver las monadas que hacía el chiquitín.

Este, en cambio, no perdía ni un instante su aspecto grave y pasaba sus bracitos alrededor del cuello de su padre, estrechándose contra él.....

Cuando llegó la noche, Juan instaló á la madre y al hijo en un lugar seguro, en el interior del blockhaus.

Después dió á Fatou-Gayé todo el dinero que le quedaba... ¡tres *khaliss!* (quince francos).

—Toma (dijo el spahí á la negrita). mañana por la mañana puedes comprar con esto el kouskous para tí y buena leche para él.....

## XX

En seguida Juan tomó el camino del campamento para ir él también á recogerse y á dormir.

Para llegar hasta las tiendas francesas era necesario pasar por el campo aliado de los Bambaras.

La noche estaba serena y luminosa y turbaba su silencio el ruido que hacían los insectos, de los cuales estaba el suelo completamente plagado, hasta el punto de que el ruido producido por grillos, cigarras y otros mil que sería prolijo nombrar, llegaba á veces á ser estridente y á aturdir los oídos como si todo aquel país estuviera cubierto de campanillas y cascabeles que sonaran á un tiempo...

Después, por intervalos, aquel ruido parecía apaciguarse, como si todos los insectos se hubieren convenido para cantar más bajo.....

Juan seguía andando lentamente y con la cabeza baja en actitud reflexiva.

Nuestro spahí estaba muy pensativo aquella noche y tan distraído que, sin saber cómo, se encontró de pronto en una gran rueda de bailarines africanos que danzaban dando vueltas al compás de su música. Este baile, en que los bailarines forman un gran círculo que va dando vueltas sin cesar al compás de una música rara, es el baile favorito de los Bambaras.

Eran éstos, hombres de elevada estatura y llevaban largas túnicas blancas y altos turbantes blancos con dos cuernos negros.

Y en aquella noche transparente, la gran rueda que



formaban los bailarines daba vueltas casi sin ruido, lentamente, pero ligera como una turba de espíritus y dejando oír solamente el roce de sus vestiduras flotantes como las plumas de algún enorme pájaro.

Y los Bambaras tomaban, todos á un tiempo, haciendo las figuras con gran precisión, posturas diversas; ya empinándose sobre la punta de un pie, ya inclinándose hacia detrás ó hacia delante, ó extendiendo todos á la vez sus largos brazos, que desplegaban como alas transparentes los mil y mil pliegues de sus blanquísimas vestiduras...

Entre tanto, el *tan tan* sonaba suavemente, como á la sordina; las flautas y las trompetas de marfil lanzaban también sonidos velados y como lejanos.

En fin, era una música monótona que parecía un encanto mágico, que hacía bailar á los Bambaras.

Y al pasar delante del spahí, todos inclinaban la cabeza en señal de amistoso saludo, y le sonreían, diciendo:

—¡Juan, entra en la rueda!...

Juan los reconocía también á casi todos bajo sus vestiduras blancas, que eran las de más lujo.

Eran tiradores negros ó spahís que se revestían para aquel acto con el gran *boubou* blanco y con el hermoso turbante de las fiestas.

Y Juan sonriendo, les decía al pasar:

—¡Ola, Niodagal!...¡ Ola, Imobé Fafandon!... ¡Bue-

nas noches, Demba Taco y Samba Fall!... ¡Buenas noches, gran!.. Nyaor.

Nyaor, sí; también Nyaor estaba allí, y era uno de los más altos y de los más hermosos...

.....  
Pero Juan se apresuró á salir de aquella rueda de fantasmas blancas, que daban vueltas sin cesar á su alrededor.

El joven se sentía, sin saber por qué, impresionado por aquella noche, por aquel extraño baile y por aquella música, que no parecía de este mundo.....

.....  
Y diciendo siempre: «¡Juan, entra en la rueda!» continuaban dando vueltas y más vueltas á su alrededor, como una turba de fantásticas visiones, divirtiéndose en ir corriendo la rueda, según andaba el spahí, para impedirle salir.

## XXI

Cuando el spahí estuvo por fin solo en su tienda de campaña, empezó á construir en su imaginación multitud de proyectos nuevos.

Por de pronto, pensaba ir á ver á sus padres, nada le haría diferir su partida;... pero después, después, tendría que volver á Africa, porque ahora ya no estaba en las mismas condiciones; ahora tenía un hi-



jo, á quien amaba ya con todo su corazón y por nada en el mundo podría decidirse á abandonarle.....

Por fuera, en el campo de los Bambaras, se oían á intervalos regulares las voces de los músicos griots, que cantaban con su acostumbrada monotonía.

Su canto era un himno consagrado á la guerra, que mecía el sueño de los guerreros negros, animándolos á ser valientes y á disponer sus armas para esperar al enemigo bien preparados cuando llegase el día del combate...

Bien se comprendía que aquel día no tardaría en llegar, y que Boubakar Segon no estaba lejos.....

¿Y á qué se dedicaría Juan cuando volviera á San Luis á reunirse con su hijo, una vez terminada su licencia?... ¿Se reengancharía, ó probaría fortuna entrando en alguna empresa á venturada?...

Podría hacerse tratante del río... pero no eso no; le causaba una repugnancia invencible toda ocupación que no fuese la del campo ó la de las armas...

Todos los ruidos se habían apagado ya en el pueblo de Dialdé, y también el campamento estaba triste y silencioso.

De cuando en cuando resonaba en el desierto la poderosa voz del león, y á más largos intervalos el

grito más lúgubre que hay en el mundo: el que lanza el chacal.

¡Fúnebre acompañamiento para los sueños del pobre spahí!.....

Soñaba éste en aquel momento con su hijo.

La venida al mundo de aquel tierno sér cambiaba todos sus proyectos, y complicaba todas las dificultades de su porvenir.....

Después oía las voces de los Bambaras, que le decían:

—¡Juan, entra en la rueda!..

Juan dormía á medias, fatigado por la caminata que había hecho aquel día, y al mismo tiempo que daban vueltas en su cabeza los proyectos, que antes de dormirse había hecho para el porvenir, veía pasar á su alrededor al corro fantástico que formaban los Bambaras, asidos de las manos.

Después, el movimiento que seguía aquella rueda humana se iba haciendo más lento, y los amigos de Juan volvían á pasar de nuevo; pero con otras actitudes, con otros gestos; actitudes y gestos de moribundos, que se arrastraban penosamente al son de una música indecisa que no era de este mundo...

—¡Juan, entra en la rueda!..

Y sus lívidas cabezas, al inclinarse para saludar al spahí, parecían caer inertes bajo el peso de sus blanquísimos turbantes..